

JESUCRISTO. SOLEDAD Y COMPAÑÍA. A PROPÓSITO DE UN LIBRO DE OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

PILAR SÁNCHEZ ÁLVAREZ

El teólogo nos sorprende una vez más con su nuevo libro por la densidad teológica a la vez que su fácil comprensión, su fluidez lingüística y su pensamiento cristológico¹. El tema es la relación entre el Hombre —Dios Cristo— Iglesia, partiendo de un tema muy actual como es la soledad, una de las plagas de este siglo cuando se vive en su versión negativa y desintegradora.

El núcleo fundamental es el camino del hombre para llegar a Dios por mediación de la Iglesia, aunque el *leit-motiv* sea la soledad presentada como forma de acompañamiento, diferente a aquella que lleva al vacío, a la desesperación, a la angustia.

El hombre se sabe finito y desea y anhela lo Infinito, “eco en sus entrañas”, Infinito que puede alcanzar porque Dios creador le ofrece ser participe de su divinidad, convirtiéndose Jesucristo

en el espejo de nuestra identidad, porque en él se da esa doble dimensión, la Infinitud y la finitud, por ser Dios y por ser hombre. Al hacerse hombre comparte la soledad de los hermanos, la soledad de los pobres, de los marginados, de las víctimas, de los fracasados..., pero al mismo tiempo tuvo compañía, no solo de los hombres sino también del Padre. Y para que no estemos solos en el mundo tenemos su Evangelio, su Espíritu, su Eucaristía y sus Apóstoles, fuentes de la vida de la Iglesia.

El libro consta de seis bloques, un prólogo y un epílogo, y en todos evidencia su tarea de teólogo, “punto de convergencia de dos grandes búsquedas: por un lado, la de la fe que marcha apasionada hacia la comprensión del Dios revelado y de toda realidad desde Él, y por otro, la de la inteligencia humana, que inquiera sentido para la tota-

¹ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Jesucristo. Soledad y Compañía*. Ediciones Sígueme. Salamanca 2016.

lidad, razón para la existencia, esperanza y comunión para la vida humana”². En el prólogo deja constancia del objetivo del libro, anteriormente indicado.

El primer capítulo habla de la soledad de hombre, situándola entre la soledad de Dios y la del animal, explicando a la vez la diferencia entre «soledumbre» alejamiento total propia de los anacoretas, la «soledad» buscada para conocer su propia identidad y «solitud» producida cuando el hombre responde a Dios con la distancia, la indiferencia o la negación explícita.

El autor afirma la necesidad de la soledad buscada por el hombre en determinados momentos, porque le lleva a la compañía divina, por lo tanto, esa soledad la debe reconocer y aceptar para ser sanado.

Presenta la soledad de Jesús como un enigma especial, encuentro de soledades, divina y humana, y de ella ha surgido la compañía suprema. Y el hombre, uniéndose a él, “puede saber de esa compañía nueva: Ser con Dios, desde Dios y en Dios por participación en la filiación del que es Hijo, unigénico del Padre y primogénito de la nueva creación”, (p. 24).

Los tres capítulos siguientes hablan de la soledad, empezando por la del hombre, con un recorrido histórico de pensadores que la han estudiado hasta llegar a la inmensa soledad producida tras la pérdida de la naturaleza, de Dios y de la humanidad, en los que el hom-

bre encontraba su fundamento y compañía.

El tema de la soledad de Jesús no era frecuente en épocas anteriores, porque empieza a tratarse en el siglo XX, cuando la conciencia de Jesús se convierte en el problema clave. “Toda la compleja historia en torno a la coexistencia de lo humano y lo divino en la persona de Cristo, que encontró su esclarecimiento dogmático en Calcedonia, (dualidad de naturalezas-unidad de persona) tiene su réplica ahora, pero no en clave metafísica de objetividad (esencias, naturalezas,) sino en clave de subjetividad (conciencia, autoconciencia, yo)”, (p. 31).

Los evangelios no dan respuesta a la pregunta surgida en la teología sobre la diferencia entre la conciencia de Jesús como hombre, como Mesías y su conciencia como Hijo de Dios. ¿Cómo pueden coexistir en Jesús dos principios de conocimiento de sí mismo, dos autoconciencias? Se recupera su humanidad, su figura histórica concreta, su judeidad, y es en este marco donde surge la pregunta de su soledad, utilizándose un lenguaje nuevo a propósito de Cristo: *religión, oración, soledad*.

El alma de Jesús es un misterio, porque en ella se dan tres órdenes de realidad: la persona del Verbo, el destino de los humanos, y su propia historia individual. González de Cardedal afirma que sin duda hay que pensar esa conciencia como «una nueva crea-

² O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Poeta en Salamanca, Juan Pablo II a los teólogos: *Ya*, 7/11/1982.

ción». Y esa novedad de la conciencia de Jesús funda a su vez su inmensa soledad.

El autor explica las diferentes teorías para intentar comprender esa conciencia de Jesús aportando nombres de autores o corrientes, datos aportados por las nuevas ciencias teológicas de manera exhaustiva, para presentar como conclusión el texto de la Comisión Teológica Internacional en 1985, afirmando que pertenece al orden del misterio; que no se puede comprender, porque en ella está implicado el mismo Dios. Hablar de la soledad de Jesús es posible aunque nunca se pueda demostrar. El teólogo a la luz de los tres niveles de conciencia propone tres soledades: la soledad del hombre; la soledad del hombre encarnado y la soledad del redentor.

En el siguiente capítulo, presenta la soledad y la misión de Jesús. Él es un judío en un tiempo concreto pero viene de otro mundo y pertenece a otro mundo. El Padre, realidad constituyente, le da a la vez su soledad y su compañía. Él viene a cumplir la misión encomendada por el Padre y a retornar hacia el lugar del que vino. Los evangelistas lo muestran como hombre y, sin embargo, preñado de majestad sagrada que le da su procedencia, su misión y su final destinación divina.

Esta dualidad real, le otorga una soledad especial frente a nosotros y a nosotros frente a él, y la revelación nos acrecienta su Misterio, porque cuando más se conoce, más nos concienciamos de ese Misterio. Engrandece a los humanos porque se pone al nivel de ellos y los alza a un nuevo nivel. Je-

sús vive una soledad solidaria porque entrega su vida y a través de nuestra fe, le acompañamos y por ser Hijo, por su solidaridad nos otorga la filiación divina.

Él se ha hecho hombre y los evangelistas lo presentan cercano y, a la vez, remoto, lo alejan de nosotros creando diferencia, novedad y soledad, y al acercarse a los hombres se acerca a nuestra soledad y nosotros con nuestra fe conseguimos su compañía.

¿Cómo vive Jesús esta soledad de determinación personal? En los evangelistas existe la conexión entre soledad-oración y misión. En la soledad, en oración con el Padre, se percata de su misión, que desde siempre es constitutiva de su raíz principal. Pero es un lento descubrir lo interior de su ser al ritmo de su crecimiento en sabiduría y en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres.

Jesús, ante situaciones claves de su vida, se retira a orar en soledad. Para Jesús no existe la soledad metafísica, pero así como la oración entre Dios y el hombre es un punto de encuentro, entre Jesús y Dios, entre el Padre y el Hijo, en la oración, se encontró a sí mismo.

Una vez aclarada la soledad de Jesús, Olegario distingue las formas y las fases de la soledad que experimentó, aclarando que desde el inicio de su trayectoria era el Hijo, y vivió la soledad y la cercanía respecto a los hombres y respecto a Dios: la del Hijo encarnado; la del hombre que tiene una misión; la del considerado traidor a su pueblo; la del Mesías transvalorado; la del decepcionado ante el rechazo; la del traicionado por sus amigos; la del redentor

solitario y solidario; la del agonizante; la del muerto crucificado; la del que descendió al lugar de los muertos.

- La soledad del Hijo encarnado y rechazado. El Hijo vino a una tierra creada por amor para dar plenitud a todos y se sintió solo en su humanidad al ser rechazado por los suyos.

- La soledad del hombre que tiene una misión especial. Es la soledad interior del elegido, del que tiene que realizar algo nuevo, llevar a una tierra nueva y dar esperanzas. El pasar de la familia natural a la otra, a los que acogen y viven la Palabra, de la naturaleza a lo espiritual, lleva consigo una dolorosa soledad.

- La soledad del considerado traidor a su pueblo. Jesús, acreditándose con signos y palabras como el esperado por el pueblo, unos le acogen y creyeron en él, y otros le consideran una amenaza y un peligro y lo arrojaron como traidor.

- La soledad del Mesías transvalorado. El Mesías esperado por el pueblo, esas esperanzas mesiánicas tenían formas de figuras reales, sacerdotales, de profeta de los últimos tiempos... Jesús tomó todas esas esperanzas y las transformó desde su propia identidad personal de Hijo. Jesús, ante el rechazo de la figura del Mesías que él representaba, sufrió la soledad ante su repudio.

- La soledad del decepcionado ante el rechazo. Jesús fue aceptado en los primeros momentos con entusiasmo, pero después de la crisis Galilea, no

le dan crédito y lo dejan solo. Jesús se decepciona ante la decepción del pueblo.

- La soledad del traicionado por los amigos. Sus propios amigos le traicionan, no fueron capaces de poner en juego su persona por él. La negación de Pedro y la huida de los demás lo dejan solo. Una soledad de hombre, de compañero, de amigo.

- La soledad del redentor solitario y sustituyente. Jesús conoció a la humanidad no solo en el proyecto divino sino también en su realización humana, en su debilidad, en el sufrimiento, en las tentaciones. Y además conoció a la humanidad como redentor. No fue pecador, pero fue contado entre los pecadores. Don Olegario se pregunta hasta dónde llegó esa inserción de Jesús en el pecado, presentando las dos interpretaciones actuales, la de Rahner (designada con la palabra solidaridad) y la de Balthasar (designada como sustitución). La pregunta que el teólogo se hace es cómo porta Jesús nuestras culpas y cómo quita nuestros pecados, y cómo rehace nuestra relación de pecadores con el Dios santo. Al interpretar esto afirma en primer lugar que Dios no pudo hacer a Jesús pecado ni maldito por ser el Hijo, por lo que esta acepción es inaceptable; otra interpretación sería que Dios lo hizo ofrenda por los pecados y toda su vida en este mundo fue una intercesión suplicante por todos los pecadores; y la última interpretación: Dios dejó a su Hijo en manos de los pecadores, compartiendo todas las consecuencias objetivas que

el pecado desencadena y que afectarían a Jesús solidario sustituto y superador de ese pecado tras haberlo padecido. Esta última es la elegida por los mejores teólogos actuales. Jesús se pone en el lugar de los hombres con todas las consecuencias realistas, se adentra en ese universo objetivo del pecado y así se entiende la expiación como la santificación. Dios deja a los hombres ser pecadores, pero no puede permitir el pecado. Por eso, Jesús se adentra en ese universo objetivo de pecado que es la negación de Dios, en el que están situados sus hermanos, y es afectado por el rechazo también objetivo de Dios.

Dios no condena a Jesús, pero al rechazar el pecado, Cristo, situado en el universo de los pecadores, comparte su situación exterior y la interior. Y de ahí nace la soledad del redentor. En el Hijo converge el rechazo de los hombres a Dios, el rechazo de Dios al pecado y la oferta de perdón a todos los hombres. Es el mediador de la nueva Alianza entre Dios y el hombre.

- La soledad del agonizante. En Getsemaní es donde Jesús sufre la mayor soledad, porque como hombre se desborda en los sentimientos al ser llevado más allá de las capacidades naturales. Se siente solo, débil pero disponible para el Padre. Es la agonía del hombre que mantiene su condición divina y la soledad ante el drama de la existencia pecadora ante Dios y el otorgamiento de la gracia definitiva de Dios al mundo. En esa agonía Dios nos revela su amor, la seriedad del pecado así como la soledad que el pecado introduce en el mundo. Cristo ha conocido y supera-

do en el amor nuestra propia soledad y nos ha salvado de ella.

- La soledad del muerto crucificado. La muerte es para el hombre el acoso supremo, pero por la libertad puede alcanzar las máximas posibilidades de entrega, siendo lo decisivo en la muerte delante de quién y para quién se muere. La vida es plenamente humana cuando se muere delante de Dios y para Él. Jesús sufrió la soledad de la muerte en la cruz, la muerte más indigna de un hombre de su tiempo. Don Olegario se pregunta si Jesús se sintió abandonado ante Dios en su muerte. Al analizar los evangelios se ven tres frases distintas: una de abandono, otra de entrega al Padre, y otra de confianza en él. Ellas expresan que Jesús vivió la soledad hasta el extremo, oró ante el Padre confiado e hizo de la muerte una ofrenda. El grito de abandono dado por Jesús en la cruz se podría explicar como la recitación del salmo 22, costumbre judía quienes oraban pronunciando los primeros versos o frases de algún salmo, y entendiendo que este salmo canta el consuelo de Dios al justo, por lo cual se descarta esta interpretación, no es un grito de abandono; se podría explicar afirmando que son de desesperación negando su mesianidad y, por tanto, la no existencia de Dios, razonamiento también descartado; o bien la soledad como dolor que Jesús comparte y expresa ante Dios de todos los hermanos que han sentido la lejanía de Dios.

- La soledad del que descendió al lugar de los muertos. Aclara el teólogo que en el Credo se dice “descendió a

los infiernos”, entendiéndolo como el *sheol* del AT, el lugar de permanencia de los muertos en espera del redentor. No es una fase histórica de Jesús, sino que expresa el sentido salvífico y la eficacia universal de la muerte de Jesús. Ese infierno es morir, existir, permanecer en poder de los enemigos de Dios, soledad absoluta, silencio y reino del desamor. Este morir se puede dar entre lo vivos porque se vive esa incomunicación y la soledad porque la línea divisora está en la ladera de Dios y la ladera entre los enemigos de Dios, y no entre la vida y la muerte. El decir que Cristo descendió a los infiernos significa que visita toda la historia anterior y ofrece la salvación a todos los que le precedieron. Dios no ha condenado nunca a nadie, pero ha permitido que rechacen su amor. Cristo ha sido condenado, pero ha sentido la soledad y la ha desalojado. El infierno real comienza a existir después de Cristo, cuando un ser rechaza ese dolor de Cristo, que se ha puesto en lugar de todos los condenados. Es el Jesucristo, su Hijo, nuestro Señor y la relación de Jesús con su Padre en la oración, en la que acoge y asume su misión salvífica universal es la clave para adivinar su identidad filial. La soledad y la compañía de Jesús en la realización de su misión en la vida de Jesús tiene unas características peculiares: es una misión teológica, de contenido salvífico, con exigencia ética para los demás y un arriesgo heroico del propio Jesús, que en su fase final adquiere dimensiones trágicas, ya que su pretensión desborda lo que humanamente es oíble y aceptable.

La soledad de Jesús se sitúa en la línea del genio ético y desde ahí tiene una dimensión trágica. Héroe y genio ético porque tenía que mantener su fidelidad hasta el final por ser obediente al Padre, y a su misión; un héroe consciente de lo que debe hacer y también de lo que los demás pueden percibir y recibir. Dimensión trágica porque él sabía que lo que se presentaba al mundo desbordaba las capacidades históricas de una generación. Y esto es la raíz de su suprema realidad.

Es un recorrido de la vida del Cristo, explicando teológicamente cada fase enumerada, para llegar a la siguiente conclusión: *La soledad de Jesús se sitúa en la línea del genio ético, del profeta encargado por Dios de una misión, y desde ahí tiene una dimensión trágica.*

Los dos capítulos siguientes están dedicados al acompañamiento: a la soledad acompañada de Jesús, y a la compañía de Jesús resucitado a su Iglesia.

Nos presenta la compañía que tuvo en su vida terrena, la compañía del Padre, el hecho de la Resurrección, el sepulcro vacío, las apariciones... Por ser redimido por Cristo de la muerte ya no está el hombre solo ni desesperado sino destinado a servir al prójimo y a sentir la alegría propia de los redimidos. Y al reconocernos como hermanos nos hace posible la divina compañía. Este capítulo termina con la siguiente frase: “De esta manera, las palabras «compañía», «comuniión», «comunidad» desvelan la naturaleza profunda de la Iglesia, al mismo tiempo que la abren hacia la participación en la vida que Jesús tiene

en común con el Padre (*communio cum Deo*) y hacia el servicio y la solidaridad con los hermanos (*communio cum fratribus*)” (p. 119).

El último capítulo está dedicado a las mediaciones de Jesús en su Iglesia: la Palabra; El Espíritu Santo; La eucaristía, y el Apóstol, presentándola como una realidad sorprendente toda ella referida a Jesucristo y afectada por los pecados y los límites de los hombres.

Acaba el libro con un epílogo donde expresa la convención del Amor de Dios al hombre, y debido a la fidelidad de Dios, el hombre vivirá en acompañamiento continuo saliendo de la soledad porque Jesús murió por cada uno de nosotros y cada uno es importante para ese Dios Amor.

Este tema ha sido estudiado en anteriores ocasiones por el autor³ al que llama “la cuestión más insidiosa de la conciencia contemporánea”. Él escribe⁴:

“La soledad es un reto cuya fecundidad depende de la respuesta que se le dé. En este caso una difícil respuesta porque no

dependerá tanto del hombre que está solo, quien por definición no es capaz de ayudarse, cuanto del prójimo y de la sociedad en la que el hombre esté solitario. El hombre está remitido al otro en el origen que le hace ser, al tú que le permite consistir y al que definitivamente le sostendrá en su desistimiento tras la muerte. Por ello sólo una cultura de la proximidad y del amor puede ser una respuesta a una soledad creciente, padecida como una condena y no como introducción a una misión o preparación para un amor”.

Este último libro de González de Cardedal es una síntesis de los distintos temas tratados de manera extensiva en muchas de sus obras sistemáticas; en él recoge las ideas claves de su cristología. Está muy bien estructurado, de fácil lectura aunque requiere atención y meditación en muchos de sus párrafos, lo que le hace un libro que da que pensar, meditar y orar.

³ Cf. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Soledad, soledumbre, solitud”, en *Raíz de la esperanza*, Salamanca, 1996; ID., “Soledad y solidaridad. Sentido de la vida monástica en el cristianismo”, en *Salmanticensis* 41 (1994) 213-259; “La soledad del hombre y la soledad de Cristo”, en O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL; J. J. FERNÁNDEZ SANGRADOR (eds.), *Coram Deo*. Memorial Prof. Dr. Juan Luis Ruiz de la Peña, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1997, 263-292; “Soledad y compañía de Jesús”, en *Salmanticensis* 45 (1998) 55-103.

⁴ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Raíz de la esperanza*, Salamanca 1996, p.175.

